

3

A LA LUZ

Cuando llegué a América mi alma estaba atormentada, me sentía como un fugitivo. El temor a la muerte, la desesperanza y la culpa parecían ser mi suerte. No quería morir porque creía que estaba condenado al infierno por un sentido de culpa insoportable. Me sentía culpable por el rompimiento de mi matrimonio.

Aunque el espiritismo me enseñó que no hay tal cosa como el infierno, mis enseñanzas judaicas acerca de quebrantar los Diez Mandamientos me atormentaban. Creía que Dios me castigaría. La Biblia dice en Gálatas 6:7: “No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará”.

Enviaba algo de manutención a Lily. En cambio, recibía cartas insolentes y ella rehusaba tajantemente cualquier comunicación entre mi hijo y yo.

Después de estar en América por varias semanas, por fin conseguí empleo en una compañía panadera llamada Helms. Decidí que era tiempo de visitar a la familia Huntsinger de nuevo. Me preguntaba cómo se sentirían conmigo después de contarles sobre el colapso de mi matrimonio. Por

supuesto Miranda me acompañó. Fuimos en coche desde Santa Mónica a Norwalk, donde vivíamos en aquel entonces. Los Huntsinger estaban encantados de verme y conocer a Miranda. Carol dijo que esperaba que eso iba a pasar finalmente, especialmente por el camino que había tomado mi matrimonio. Luego procedí a contarle a Carol acerca de nuestros planes, que Miranda era una espiritista que había trabajado como secretaria para la Asociación Espiritista de Gran Bretaña y que yo era un médium en ejercicio.

Estaba yo emocionado con la idea de abrir una organización espiritista en los Estados Unidos y esperaba que Carol también lo estuviera. Un tiempo después ella me dijo que se había sentido acongojada mientras me escuchaba.

Le pregunté acerca de su iglesia y dije que me gustaría ir allí y conocer a la gente. El propósito de visitar a la iglesia era doble: primero, quería conocer a gente buena y socializar; y segundo, quería convertirles al espiritismo. Me sentía tan seguro de tener la verdad. Para nada sospeché que esto iba a ser un punto decisivo en mi vida y que me esperaba una sorpresa.

Se podría decir que las semillas del cristianismo habían sido sembradas en mi vida durante el primer año que viví en los Estados Unidos, en el año 1956-57, debido al amor y bondad de la familia Huntsinger. Ahora aquellas semillas estaban por germinar.

Era largo el trayecto de nuestra ciudad de Santa Mónica a Norwalk ese domingo 14 de febrero de 1965, pero resultó ser el día más importante de mi vida. Me senté durante la reunión y escuché al ministro, cuyo nombre era el reverendo Orrin Kingsriter. Esta era la primera vez que yo había asistido a un culto de adoración.

Recuerdo con claridad que el ministro predicó del Antiguo Testamento. Él sabía que yo era judío y creo que, en su sabiduría y con la guía de Dios, él escogió hacer esto para mi beneficio. Leyó de Isaías 1:18, las palabras aún resuenan hoy en mis oídos. Dijo: "Venid luego, dice Jehová, y estemos

a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana”.

Pensé en las palabras que él hablaba: “Aunque mis pecados son como el carmesí, vendrán a ser como blanca nieve”. ¡Qué pensamiento tan maravilloso! Aquellas son las palabras que puedo recordar, pero lo que en verdad me impresionó fue que, cuando terminó el culto, la gente vino a mí y me dio una cálida bienvenida. Me saludaron de mano y parecían ser genuinamente complacidos al verme.

Nunca en mi vida me había sucedido cosa semejante. Nunca antes la gente había mostrado interés en mí y, por lo tanto, me sentí un hombre muy, muy feliz. Fui invitado a regresar de nuevo en la tarde y, aunque estaba muy lejos de donde vivíamos, Miranda consintió en volver.

Durante el culto vespertino la iglesia tuvo un programa de cantos y alabanza. Otra vez, esto era algo nuevo para mí. La gente estaba aplaudiendo, alabando al Señor y cantando cánticos. Recuerdo haber visto al ministro caminando por el pasillo, cantando con la música. Y, luego, algo me sucedió. Me levanté de mi asiento y le dije: “Pastor, quisiera estar con su gente. Quisiera pertenecer a su iglesia”. Me invitó a pasar a su oficina.

Ya en su oficina me dijo: “Ben, ¿te gustaría orar conmigo?” Hacía años que no me había arrodillado. (Bueno, en realidad, lo había hecho yo solo, pero no acompañado). Sin embargo, me arrodillé y él comenzó a orar a Dios y hablarme de Jesús.

Luego me explicó cómo Dios nos perdona de todo lo que hemos hecho en nuestras vidas y empezó a señalarme Escrituras que afirmaban esto. Dije: “Pastor, esto es imposible. Nadie podría perdonarme por lo que he hecho”. Él leyó de 1 Juan 1:9: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”. Me hizo leerlo varias veces, y yo insistía en decirle: “No; no por lo que yo he hecho”.

“Todos creemos que nuestros pecados son los peores”, me dijo. Entonces me hizo leer 1 Juan 1:9 una y otra vez, especialmente las palabras “y limpiarnos de toda maldad”. Desde entonces, he aprendido que 1 Juan 1:9 fue escrito en realidad a cristianos, pero, en aquel entonces, no lo sabía. El simple hecho y el mero pensamiento del perdón me aabrumbaba.

Entonces el Rev. Kingsriter me preguntó si creía que Jesús es el Mesías. En aquel entonces yo sabía muy poco de las Escrituras, pero me hallaba en tal estado anímico que hubiera creído en cualquier persona si supiera que habría perdón. Así que acepté a Jesús como mi Salvador y era un hombre muy, muy feliz. Mientras regresaba a casa con Miranda, el sentimiento de haber sido perdonado era simplemente estupendo; fue una experiencia maravillosa. Por supuesto, sabemos que nuestra fe no viene por medio de sentimientos—“Así que la fe es por el oír, y el oír por la palabra de Dios” (Romanos 10:17). No obstante yo sentía un gozo desbordante.

Al día siguiente, fui a trabajar sintiéndome muy feliz y les dije a mis clientes que había sido salvado. Aquella tarde Miranda y yo nos sentamos para tener una sesión espiritista. Entré en un trance y los espíritus comenzaron a hablar por medio de mí a ella acerca de mi recién encontrada religión, el cristianismo. Le dijeron que esto estaba bien y que ellos sentían que era magnífico. Entonces dijeron que otro espíritu quería venir y tomar control y hablar por medio de mí y, como Miranda me dijo después, algo muy extraño sucedió.

De repente, una nueva personalidad comenzó a cantar himnos por medio de mí. Pero, en el transcurso de un himno, alcé mis manos bruscamente, salí del trance y dije: “No quiero volver a hacer esto ya jamás”. Dije: “Necesitamos mudarnos a Norwalk y necesitamos estar cerca de aquella gente ahora”. En realidad no sabía por qué decía esto, pero ahora creo que era la guía del Espíritu Santo. Así

que simplemente empacamos todo y nos mudamos a Norwalk, California, para estar cerca de la iglesia.

Se hicieron arreglos para que nos quedáramos unos días en la casa de huéspedes de una familia. Carol me había regalado una Biblia y, empecé a leerla. De hecho, era la primera vez que había verdaderamente escudriñado la Biblia. Había orado sobre ella muchas veces como espiritista, pero nunca la había leído.

Y realmente creo que fue la providencia de Dios que me guió al capítulo 18 de Deuteronomio. Abrí la Palabra y me asombró leer acerca de la advertencia de Moisés al pueblo de Israel cuando iban a entrar a la tierra prometida, que no debían seguir los caminos de los canaanitas. Dijo Moisés: "Cuando entres en la tierra que Jehová tu Dios te da, no aprenderás a hacer según las abominaciones de aquellas naciones. No sea hallado en ti quien haga pasar a su hijo o a su hija por el fuego, ni quien practique adivinación, ni agorero, ni sortilego, ni hechicero, ni encantador, ni adivino, ni mago, ni quien consulte a los muertos. Porque es abominación para con Jehová cualquiera que hace estas cosas, y por estas abominaciones Jehová tu Dios echa estas naciones de delante de ti" (Deuteronomio 18:9-12).

Me asombró lo que leía porque nosotros habíamos estado haciendo las mismas cosas que eran abominaciones en los ojos de Dios. Luego comencé a ver la concordancia y estuve maravillado al encontrar a través de las Escrituras más de cien versículos que condenaban estas cosas que pensamos eran de Dios. De cierto era un nuevo entendimiento, pero no me fue difícil reconocer la veracidad de la Biblia, especialmente después de las experiencias que había tenido en el espiritismo.

Tres días después, el miércoles 17 de febrero, recibí una llamada telefónica del Rev. Kingsriter. Dijo que quería hablar conmigo acerca de algo importante. Fui a verlo en su oficina, y me dijo: "Ben, ahora que tú eres cristiano, hay una segunda bendición para ti, el bautismo del Espíritu Santo".

Me mostró varias Escrituras en la Biblia que él pensaba se referían a aquello. Después de leerlas, me alentó a hablar en lenguas, lo cual hice. Lo practiqué por cuatro años y medio pero eventualmente dejé de hacerlo porque me sentía más cómodo orando en mi propio lenguaje.

Mientras tanto, mi amiga Carol Huntsinger, me había ayudado a conseguir empleo en una compañía llamada Lecherías Reliance. En aquel entonces el dueño era un hombre llamado Demos Shakarian. Su hijo Richard era el vicepresidente y el gerente se llamaba Howard Jones. Logré entrar a trabajar como vendedor publicitario, y Howard Jones y yo nos hicimos buenos amigos. Más tarde Lecherías Reliance se fue a la quiebra y entré al negocio de seguros.

Fue más o menos en aquel tiempo cuando nació nuestra hija Mary. ¡Estuvimos muy emocionados y conmovidos! Puedo recordar al Dr. Charney en el hospital en La Mirada venir a mí y decirme que era yo el padre de una niña que tenía diez dedos en sus manos y diez en sus pies. Recuerdo haber levantado al doctor y haber dado vueltos con él como un trompo.

Vivíamos en un complejo de departamentos donde había una piscina, y nos permitieron quedarnos allí por seis meses, pero entonces tuvimos que mudarnos. Para entonces yo había ahorrado algo de dinero y dimos el pie para una casita en Norwalk.

Yo era muy celoso como cristiano y daba testimonio lo más posible. Era feliz conociendo a muchos amigos cristianos nuevos, pero, a pesar de mi felicidad, muchas veces pensaba en mi vida pasada. Parecía que nunca podía dejar de pensar en mi hijo Stewart.

El pecado es como un cáncer. Aun cuando se ha arrepentido una persona y ha sido perdonado, parece que algo siempre se lo recuerda. Un hombre que tiene cáncer en su pecho va con un cirujano quien le extirpa el cáncer, limpia al hombre, termina una operación exitosa y cierra la herida. Pero las cicatrices en su pecho siempre le recordarán que alguna vez

tuvo cáncer. Y las cicatrices de mis pecados siempre me recuerdan de lo que alguna vez fui. Pero, alabado sea Dios, sé que ahora estoy redimido.

Después de un tiempo Miranda y yo llegamos a estar algo desilusionados con California. Pensamos que se nos hacía la vida demasiado ajetreada. Yo no estaba muy contento en mi empleo como agente de seguros. Así es que en septiembre de 1969 decidimos mudarnos. Mary tenía unos dos años y medio en ese entonces. Nos dio tristeza irnos, pero todo estaba empacado y fuimos a Grants Pass, Oregón.

Allí, creo que mi vida tomó otro giro para mi bien como cristiano. Inmediatamente conocí a una iglesia de las Asambleas de Dios y a una familia holandesa que tuvo la bondad de almacenar nuestros muebles.

Yo había encontrado una casita bonita, a Miranda y a mí nos encantaba y aquella gente nos ayudó a mudarnos allí. Encontré trabajo como vendedor para la compañía Fuller Brush. No era fácil. Nuestra vida allí era dura, y pronto me atrasé con la renta.

Para entonces visité otra iglesia. Conocí al ministro allí y le conté mi historia. Me dijo que acababa de comprar una casa y la había convertido en un hogar para hombres ancianos. Me preguntó si Miranda y yo aceptaríamos el empleo de manejar el hogar. Me pagaría un salario y nos daría hospedaje y comida gratis. Sentimos que esto venía definitivamente del Señor.

Por tanto, nos mudamos a este nuevo lugar con nuestra pequeña Mary, que en ese entonces tenía unos tres años. Mi trabajo era de conserje. Pinté mucho, limpiaba los cuartos, cuidaba a los ancianos y servía las comidas que Miranda cocinaba.

Pero después de unas semanas, no se nos pagó ningún dinero, y yo estaba muy preocupado por esto. El ministro me dijo entonces que no nos podía pagar. Aunque esto nos perturbó sentí que, cuando menos, todavía teníamos comida y hospedaje. Pero luego tuvimos otro sobresalto. Él nos dijo

que el lugar no se sostenía y sugirió que Miranda y yo hiciéramos solicitud para estampillas de comida (un programa del gobierno) porque ya no nos podía dar comida.

Las cosas iban de mal en peor y nos sentíamos atrapados. No sabíamos qué hacer. Todavía teníamos unas deudas que pagar de un préstamo que habíamos conseguido hace un tiempo. Luego, este ministro, acerca de quien comenzamos a oír muchas cosas, dijo que ya no iba a cuidar a los ancianos. Planeaba deshacerse de ellos y pensaba buscar dinero del gobierno para alojar a adolescentes delincuentes. Estuvimos muy apesadumbrados con esta decisión porque no queríamos que nuestra hija fuere expuesta a ese tipo de ambiente.

Bueno, todo resultó ser una bendición disfrazada porque, cuando las autoridades investigaron a este hombre lo encontraron no apto. Luego, se acercaron a nosotros y nos explicaron que nos habían investigado también, pero no habían encontrado nada desfavorable en nuestro archivo. No podían entender por qué estábamos involucrados con este hombre. Así es que, explicamos nuestras circunstancias. Entonces nos ofrecieron ayuda. Ellos podrían darnos una ayuda a través del programa de bienestar público porque teníamos una niña y nos ayudarían a levantarnos de nuevo.

Nos dieron una mesada para poder mudarnos y encontramos el lugar más barato que pudimos. Era un establo convertido y no era muy agradable, pero, cuando menos, nos sacó del ambiente en donde habíamos estado. También me ayudarían estudiar en la universidad. Tomé el examen de entrada, lo pasé y fui aceptado en la universidad en Medford, Oregón. Iba a estudiar para ser maestro de escuela, pero, desafortunadamente, los fondos del gobierno se terminaron, y no pude seguir.

Mientras todo eso sucedía mi vida en la iglesia había cambiado. Había conocido a una familia al sur de Grants Pass en una iglesia pentecostal. Todavía era yo miembro de la fe pentecostal, y esta familia me invitó a hacerme miembro de

su iglesia. Su congregación en particular era la familia misma. Había una señora viuda y sus tres hijas y dos hijos. Su hija mayor era adoptiva y era la ministra.

Esta gente era muy pobre; vivían en un terreno pequeño, sembraban su propia comida, criaban conejos, gallinas y cabras. Eran muy bondadosos y compartieron su comida con nosotros. Estaremos siempre agradecidos a ellos.

A menudo visitábamos otras iglesias. Nos estábamos desilusionando con la manera en que iban sucediendo las cosas. Mientras más leía en la Biblia acerca de los dones del Espíritu Santo, me sentía más confundido; para serles sincero, no estaba viendo suceder milagros en estas iglesias que estábamos visitando. Parecía que Miranda y yo nos estábamos desilusionando más y más con nuestra religión.

Antes de salir para ir a una iglesia, orábamos para que Dios nos guiara al lugar correcto. Aún creo que en aquel tiempo en nuestra vida estuvimos buscando señales y maravillas, sin reconocer que Jesús dijo: "La generación mala y adúltera demanda señal" (Mateo 12:39).

Una iglesia en particular donde asistimos se llamaba el Tabernáculo Metropolitano en Grants Pass, Oregón. Allí tuvimos una experiencia humillante. El culto comenzó con una marcha de victoria. El ministro instruyó a la primera fila a levantarse y marchar por los pasillos del templo; luego, la segunda fila; y así sucesivamente. Toda la gente estaba marchando, aplaudiendo y cantando "Victoria en Jesús". Miranda y yo nos sentamos en la banca de atrás y no nos movimos. Todos nos miraron como si fuéramos paganos. Por fin, por la misma vergüenza, nos unimos a la marcha alrededor del templo.

Después se nos dijo que formáramos un círculo y levantáramos nuestras manos y oráramos a Dios. Obviamente esto agradó al ministro, y me señaló y dijo a la congregación que Dios le había dicho que la gloria de Dios estaba en mi rostro, así como estuvo en el de Moisés (Éxodo 34:29-35).

Estuve contento con lo que sentí ser una señal y profecía

de Dios. Pero duró poco mi sentimiento. El evangelista visitante paró al ministro, diciendo: "Tonterías, este hombre no es de Dios, sino que está poseído por el demonio".

Me sentí anonado y sacudido. Mi espíritu estaba aplastado. La congregación fue instruida a regresar a sus asientos. El evangelista entonces dio su sermón. Luego, llamó a la gente con problemas y comenzó a echar fuera demonios de ellos.

Después del culto, Miranda y yo fuimos a hablar con él en privado. El ministro estaba allí y le dije: "Ahora, mire; hay algo mal aquí. Usted me dijo que tenía la gloria de Dios en mi rostro". Y al evangelista visitante le dije: "Usted, señor, dijo que tengo un demonio. Ahora, uno de ustedes está equivocado". El ministro dijo: "Espere un momento, el Señor me está hablando". Luego continuó: "Me dijo que estás poseído por un demonio". Este hombre, quien hace una hora me había dicho que tenía la gloria de Dios en mi rostro, ahora me estaba diciendo que, aparentemente, Dios había cambiado su parecer y que, de hecho, tenía yo un demonio.

El evangelista iba a salir, pero Miranda se puso delante de él y bloqueó su camino demandando una disculpa. En lugar de esto, él levantó su puño en una manera amenazadora y le dijo: "¡Quítese de mi camino!" Me sentí desolado y juré nunca volver a aquella iglesia.

Miranda y yo nos sentimos perplejos y como que nunca fuéramos a encontrar la iglesia verdadera, pero Dios tenía otros planes. Aprendimos una lección de todo esto: nunca fije sus ojos en el hombre, sino fíjelos en Jesús.

Después de un tiempo asistí a un almuerzo del grupo Hombres Cristianos de Negocios. Alguien me pidió dar un testimonio. Después de que lo hice se me acercó un miembro de la iglesia Asamblea de Dios en Eugene, Oregón. Me pidió ir a su iglesia a dar mi testimonio allí.

Desde allí comenzaron a abrirse otras puertas. Recibí honorarios y ofrendas de amor por compartir mi testimonio

con diferentes iglesias y reuniones, y el Señor nos estaba bendiciendo. Por fin pudimos pagar nuestras deudas y tener comida en la mesa.

En el verano de 1970, en un pueblito al sur de Grants Pass, hablé en una iglesia de la comunidad y la señora Shoemaker se me acercó y me preguntó si estaría dispuesto a irme al norte, unas cien millas, y hablar en la iglesia de su hijo. Consentí en hacerlo.

Era el viaje más largo que habíamos emprendido para hablar en una iglesia. Hasta entonces sólo había sido un testimonio aquí y allá. Pero este viaje tuvo un destino final que no podíamos prever porque fue el principio de lo que llegó a ser el trabajo y ministerio de nuestra vida—¡poner a descubierto el poder de Satanás!